

Cuatro décadas por delante y una tormenta en ciernes

El presente artículo cuestiona, a partir de los sesgos que condicionan nuestros comportamientos, hasta qué punto las sociedades humanas estaban realmente preparadas hace cuatro décadas para iniciar una transición ecosocial capaz de imponer una autocontención del metabolismo social. La dificultad para asumir los desafíos cognitivos, sociales, así como el conjunto de acciones necesarias frente a la crisis ecosocial tiene de fondo los prejuicios, las normas sociales y otros condicionantes del comportamiento estrechamente vinculados con la percepción, socialmente construida, de lo valioso. Además, el deterioro de los vínculos sociales y la consecuente incapacidad de discutir colectivamente o establecer referencias ideológicas compartidas ha hecho que ni las sociedades neoliberales de los países industrializados en aquel entonces, ni las posteriores, a pesar de tener ya una información científica adecuada, hayan sido capaces de fijar colectivamente el necesario cambio rumbo de la sociedad.

A finales de 2016, Emilio Santiago Muiño publicaba un artículo titulado «Cuatro décadas perdidas. Los límites del crecimiento y sus escenarios de futuro».¹ Se trata de un texto al que apenas hay objeciones que ponerle, puesto que aborda temas de urgencia social –que por eso mismo deberían estar en el centro de la agenda investigadora, más allá de las tendencias superficiales que en muchos casos se imponen– y el trabajo de Emilio Santiago realiza una reconstrucción coherente y una valoración razonable y sólida de los escenarios.

Parte de una recapitulación del complicado recorrido de un texto fundacional como es el informe *Los límites del crecimiento*, un destino complejo y oscilante que lo llevó de unas críticas salvajes a una recuperación lenta, pero más o menos constante hasta que, en los últimos años, se ha reivindicado su relevancia y actualmente no solo se valora como un texto científico de extrema importancia, sino que ha pasado a ser, en cierto modo, uno de los elementos

Juanjo Álvarez es doctorando en Filosofía por la UAM

¹ E. Santiago Muiño, «Cuatro décadas perdidas. Los límites del crecimiento y sus escenarios de futuro», *Revista de Occidente*, núm. 425, 2016, pp. 49-75.

simbólicos de quienes están elaborando el diagnóstico científico y crítico de la situación global en términos biofísicos. No es una cuestión de mera erudición, en primer lugar porque saca a la luz una de las cuestiones sobre las que luego discutiremos: que las sociedades humanas tenían, ya a principios de la década de 1970 la información científicamente sólida que hubiera permitido un diagnóstico global y un cambio de rumbo. Y en segundo lugar, porque al calor de este análisis, Santiago nos deja ya una de las cuestiones sobre las que trataremos de hacer una aportación, y es que «todas las señales parecen indicar que el colapso es un acontecimiento inminente, cuya gestación ya se está produciendo aquí y ahora, aunque sus consecuencias no sean visibles». El hecho de que no sean visibles va a ser una de las claves de nuestra aportación, que radicará no en la discusión del escenario sino en la interpretación de la reacción social durante estas *cuatro décadas perdidas*.

¿Pesimismo hacia el pasado, optimismo en el futuro?

Son dos las componentes que conforman el texto de Santiago: por una parte, la evaluación de lo que pudo significar el informe *Los límites del crecimiento* –y, podríamos decir, toda la literatura y la actividad académica y social que se desarrolló desde esos años– de haber sido recibido por una sociedad capaz de asumirlo y comenzar las transformaciones necesarias para cambiar el amenazador panorama al que se enfrentaba; por otra parte, el análisis a futuro sobre los escenarios posibles hoy día. En el artículo de Santiago se percibe un cierto pesimismo en lo que se refiere al balance de las cuatro décadas aunque, si bien el título ya pone en términos muy contundentes, lo cierto que es no se afirma con tanta contundencia con la excepción de una sentencia que, por otra parte, es difícilmente discutible: «en 1972 existía todavía un amplio margen ecosistémico para haber realizado una transición ordenada a sociedades industriales sostenibles. Ese margen lo hemos dilapidado tras más de cuatro décadas de neoliberalismo». No obstante, aunque no se insiste en afirmaciones de este tipo en el resto del texto, la narración sí parece mantener el tono pesimista respecto a la lectura que se hace de los cuarenta años posteriores a la publicación del informe.

Por el contrario, su lectura de la situación a futuro no es tan negativa como podría preverse. Si el informe y sus sucesivas revisiones manejan cuatro escenarios, Santiago parte de la constatación de que estamos a tiempo de corregir las tendencias socioeconómicas para modificar la relación ecosistémica que mantenemos con nuestro entorno y llegar así a un escenario de *aterrizaje de emergencia*. Y esto a pesar de que, según las pautas de los informes, la reducción de consumos y emisiones tendría que haberse lanzado en 2015 y no solo estamos en 2018 sin que se haya lanzado ningún cambio sustantivo... sino que no parece haber indicadores de que la transformación pueda iniciarse a corto plazo. A esto se une la idea de que es importante mantener el espíritu no determinista, con el que parece sostener una posición posibilista sobre las capacidades de las sociedades humanas para actuar colectivamente y

modificar de forma drástica su metabolismo como agentes naturales. Por supuesto, no plantea una lectura ingenua de las expectativas o de las posibilidades de cambio político y social, como queda patente en el cierre del texto, pero no parece descabellado apuntar un cierto optimismo en el diagnóstico a futuro, combinado con un análisis riguroso del panorama.

Es necesario evaluar porqué las sociedades no iniciaron transformaciones adecuadas al desafío que ya se planteaba hace cuatro décadas, con la publicación de *Los límites del crecimiento*

¿Acaso podrían las sociedades humanas abordar los cambios ecosistémicos?

En el contexto que dibuja Santiago –que, insistimos, es coherente y poco discutible–, la aproximación es muy poco cuestionable. Como decíamos anteriormente, el balance de las cuatro décadas sucedidas desde que la publicación de *Los límites del crecimiento* es contundente, y el apogeo del neoliberalismo con su centro en los procesos de extracción, producción, consumo y financiarización dejan un escenario ecosistémico ominoso. Ante esta realidad, el movimiento ecologista, en sus distintas variantes –ambientalismo, ecologismo académico, ecología política, ecosocialismos, ecofeminismos– ha visto como su discurso no solo no puede dar respuesta y construir un escenario deseable de transformación colectiva, sino que es simplemente incapaz de transmitir la situación de emergencia. El patrón neoliberal ha logrado ejecutar una enculturación efectiva y totalizadora en torno al crecimiento económico, el consumo y elementos sociales constituidos como fetiches populares hoy día cuasi-indiscutidos como el vehículo propio, el turismo *low-cost*, el desprecio del valor de los elementos naturales, la cultura audiovisual y el carácter restringido de la política. Somos conscientes de que este diagnóstico supone una lectura demasiado simplificadora; la realidad es mucho más capilar y la construcción de la subjetividad en nuestras sociedades no está absolutamente determinada. Existen elementos contradictorios, puntos de inestabilidad y fracturas en la forma de diversas disconformidades con el sistema, pero en términos generales la sociedad carece de formas de articular esos elementos comunitarios todavía presentes en la estructura social con formas de reproducción de la vida social que no estén sujetas al trabajo (la producción de valor) o al consumo (realización del valor).

Ahora bien, si bien mantenemos que Santiago acierta en la orientación de su análisis, hay una cuestión que no desarrolla y que, sin embargo, es fundamental para realizar un adecuado diagnóstico. Nos referimos a los motivos por los que la sociedad no dio respuesta a desafíos de gran magnitud, cuando ha habido tiempo más que necesario y cuando existía

margen en lo tecnológico, lo organizativo y unas capacidades materiales suficientes para emprender los cambios necesarios.

La cuestión, en este punto, sería evaluar porqué las sociedades no iniciaron transformaciones adecuadas al desafío que se les planteaba. Y para responder a esta pregunta, tenemos que responder a una previa: ¿disponían de las herramientas necesarias? Generalmente se da por hecho que un sujeto puede abarcar los desafíos que se le presenten siempre que no se den imposibilidades físicas. Sin embargo, la peculiar configuración de las sociedades humanas nos obliga a examinar este punto, especialmente a la luz de lo que la sociología y psicología han aportado en las últimas décadas. Dado que no hay espacio para una aproximación detallada, haremos un repaso sumario sobre los sesgos que condicionan nuestros comportamientos siguiendo a tres autores, y posteriormente haremos referencia a lo que afecta específicamente al cambio climático.²

El autor paradigmático en lo que se refiere a sesgos psicológicos es Daniel Kahneman, que desarrolla sus tesis durante décadas, desde un primer artículo escrito en 1974 con Tversky³ hasta su más reciente *Pensar rápido, pensar despacio*.⁴ El trabajo de Kahneman aborda varios límites a la racionalidad humana, de los cuales tres áreas son de especial relevancia para las cuestiones ecosistémicas: manejo de datos, sobre-representación de la experiencia y criterios propios, y rechazo a la modificación de nuestras creencias básicas.⁵ En un primer bloque se encuentran los sesgos relativos a las capacidades humanas para estimar y comprender adecuadamente datos estadísticos y probabilísticos, la tendencia a dar más representatividad de la que tienen a los casos que conocemos por experiencia y a fijarnos en aquella información que se apoya en marcos de pensamiento que compartimos. En el segundo punto estarían la primacía de los datos obtenidos directamente por el sujeto (aunque sean estadísticamente irrelevantes) y la prevalencia de los datos que tenemos frente a los que puedan llegarnos, al margen de que los datos iniciales tengan, o no, valor objetivo. En el tercer grupo incluiríamos los sesgos de ajuste insuficiente y anclaje, que funcionan en paralelo con los ya mencionados y que consiste en mantener la evaluación de un suceso u objeto pese a datos que pudieran refutar dicha evaluación.

Elliot Aronson⁶ también aporta una buena síntesis, en este caso desde la investigación psicosocial. En este caso, el sesgo de mayor calado radica en las *actitudes*, que en la

² Jorge Riechmann hace una aportación muy completa a este mismo tema en su obra *Un mundo vulnerable*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000.

³ D. Kahneman y A. Tversky, «Judgment under uncertainty: Heuristics and biases», *Science*, vol. 185, núm. 4157, 27 de septiembre de 1974, pp. 1124-1131.

⁴ D. Kahneman, *Pensar rápido, pensar despacio*, Debate, Madrid, 2012.

⁵ Kahneman no los organiza de esta forma, pero optamos por esta presentación que nos parece más accesible para un resumen breve que, de otra forma, podría resultar de difícil lectura.

⁶ E. Aronson, *El animal social*, Alianza, Madrid, 2000.

descripción de Aronson son las tendencias a reproducir pautas complejas de comportamiento que incorporan una serie de creencias; estas creencias son resistentes a la modificación y producen un efecto similar al de anclaje. Por otra parte, añade otros dos sesgos que funcionan de forma distinta, el de halo y el de falso consenso, que llevan a difuminar nuevos datos o a incluirlos en las ideas previas del sujeto aunque no sean compatibles. A estos se unen el error de atribución fundamental –por el que tendemos a atribuir un vínculo inexistente entre una conducta y la personalidad o la naturaleza del agente que la ejecuta al margen de las circunstancias–; la pretensión de racionalidad, que nos lleva a reconstruir nuestros actos de forma que encajen bajo un prisma de causalidad razonada, además de los prejuicios y el sesgo de propio interés.

Tanto el estudio de los sesgos psicológicos como de los prejuicios muestran cómo, en repetidas ocasiones, los errores de apreciación y juicio se cometen en contextos en los que se podían haber evitado

Por último, hablaremos de normas sociales para referirnos a las pautas de comportamiento vigentes en una comunidad social; siguiendo a Elster⁷ «su contenido varía enormemente tanto en el tiempo como en el espacio», pero están presentes en todas las sociedades y su objeto responde a diversas creencias sobre lo que es lícito. Por contraste con los sesgos, las normas sociales no afectan a la racionalidad distorsionándola, sino que se enfrentan directamente a ella. Esto no quiere decir que no haya motivos que, en su raíz, hayan dado origen a la norma –por ejemplo, cuestiones de estatus, ciertas creencias sobre el desarrollo colectivo, etc.– si no que esos motivos no se incorporan racionalmente, lo que hace que las normas sociales no sean negociables a corto plazo. Las consecuencias de estas cuestiones en el comportamiento son diversas: en primer lugar, como hemos señalado más arriba, la racionalidad puede quedar aislada frente a normas sociales explícitas que prescriben normas para un cierto comportamiento; en segundo lugar, los problemas de ejecución de las normas pueden producir desequilibrios entre los sujetos que, indirectamente, generan problemas éticos al afectar de modo desigual a los sujetos de la comunidad.

A esto, y aunque no haya espacio para un comentario más que somero, hay que añadirle la cuestión del tiempo, que se desarrolla en dos vías: primero, a través de una disminución del valor de aquellos objetivos que son percibidos como algo lejano en el tiempo,⁸ pero también porque nuestra capacidad para manejar los conceptos temporales es débil y nos lleva a utilizar valoraciones inconsistentes.⁹

⁷ J. Elster, *La explicación del comportamiento social*, Gedisa, Barcelona, 2000.

⁸ A.C. Toledo y R. Ávila, «¿El método modula la relación entre descuentos temporal, probabilístico y social?», en *Acta de Investigación Psicológica*, vol. 6, núm. 2, 2016, pp. 2477-2484.

⁹ D. Kahneman, *op. cit.*, pp. 228 y ss.

En cuanto a las cuestiones que podemos estimar a partir del examen de los diversos condicionantes, creemos que se pueden señalar dos líneas fundamentales: la limitación del uso de las capacidades cognitivas humanas y la tendencia conservadora. Hablamos de la limitación del uso para referirnos no solo a lo limitado de las capacidades cognitivas, sino a la carencia de un esfuerzo sistemático por ponerlas en juego. Tanto el estudio de los sesgos psicológicos como de los prejuicios muestran cómo, en repetidas ocasiones, los errores de apreciación y juicio se cometen en contextos en los que se podían haber evitado, lo que sugiere un desinterés antropológico –si se nos permite llamarlo así– por el adecuado razonamiento, en favor de la aplicación rápida de juicios que apelan a criterios estereotipados. La tendencia conservadora se observa en la tendencia a resistir el cambio de criterios y creencias y a juzgar los nuevos datos y experiencias de acuerdo a aquellos conocimientos que hemos obtenido en experiencias anteriores; así, muchos de los sesgos, pero también los prejuicios y actitudes, muestran una preferencia por mantener intactas las estructuras de creencias. Esto ha sido analizado por diversos autores y Aronson lo refleja en un pequeño apartado en el que se plantea la posibilidad de que nuestra racionalidad sea conservadora; se podría especular con la existencia de condicionantes evolutivos que conviertan al género *Homo* en una especie conservadora, pero, a falta de más investigación al respecto, es más factible apuntar a factores sociales, psicológicos y políticos. En cualquier caso, sea cual sea el origen de esta hipotética tendencia conservadora de la racionalidad humana en ética, parece evidente que registra una sorprendente pauta de anquilosamiento. Creemos que se puede señalar que esta tendencia confluye con los patrones sociológicos propios de la modernidad como son la ausencia de proyectos colectivos, la debilidad de la noción de sujeto y, en términos generales, el aislamiento social que han descrito autores como Bauman.¹⁰

La resistencia conservadora al cambio de creencias confluye con los patrones sociológicos propios de la modernidad como son la ausencia de proyectos colectivos, la debilidad de la noción de sujeto y el aislamiento social

Por otra parte, pensamos que se puede establecer un vínculo entre condicionantes, evaluaciones y, por último, visiones del mundo. Los distintos sesgos actúan de forma confluyente, de tal modo que forman lo que podríamos llamar marcos evaluativos; estos marcos incorporan diversos factores, desde los sesgos hasta las normas sociales. La agrupación de conceptos se debe al hecho de que son la experiencia y la racionalización los mecanismos que permiten la construcción de una lectura del mundo en la que actitudes, hechos y actuaciones se imbrican de modo coherente. Esta imbricación puede dar cuenta

¹⁰ Z. Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 2000.

de porqué algunos condicionantes muestran una racionalidad no solo conservadora, sino resiliente en unos casos y aislada de los hechos en otros, y es que al estar implicados en un relato conjunto de lo real, aceptar modificaciones en una interpretación de los hechos tiene consecuencias metafísicas, ya que cualquier cambio puede afectar a la forma en la que el sujeto interpreta la realidad.

Esto no debe hacernos olvidar que, aunque los estudios muestran ciertas tendencias de los agentes cuando se ven sometidos a diversos contextos, los resultados nunca son totales, por lo que no podemos eliminar la voluntad del sujeto, y que en los patrones sociológicos de la posmodernidad también se encuentran espacios en los que se producen otras realidades: siempre existe, incluso en experimentos diseñados para demostrar la influencia de factores externos al sujeto, un margen de actuación autónoma, que es el espacio propio de la decisión humana. Pero sí nos sitúa sobre una pista importante que apunta a las limitaciones de la racionalidad humana en diversos aspectos, y obliga a estimar cuáles son los efectos que puede tener para modificar nuestras pautas de actuación en los desafíos que plantean las cuestiones ecosistémicas.

Dirigiéndose específicamente a la influencia de los sesgos en cuestiones ecológicas, Cristina Huertas y José Antonio Corraliza¹¹ proponen un esquema interesante para analizar los sesgos psicológicos que afectan a la percepción del cambio climático, estableciendo tres niveles: micro, meso y macrosistémico, donde el primer nivel se refiere a la vida cotidiana, el segundo al «círculo de referencia y de interacción social» y el tercero al ámbito «a través del cual se generan creencias referidas a las condiciones estructurales de la organización social, política y económica, así como a las propuestas generales para hacer frente al cambio climático». En cada uno de los tres niveles apuntan una serie de condicionantes que, como trataremos de mostrar, están relacionados con los sesgos psicológicos de la racionalidad a los que venimos refiriéndonos. En el nivel microsistémico, Corraliza y Huertas incluyen la cuestión del tiempo —el cambio climático es percibido como algo que sucederá en un futuro— la confusión de conceptos y la carencia de referentes próximos; en el nivel mesosistémico señalan especialmente la falta de información, que se relacionaría con el escepticismo en relación con el cambio climático o bien con la creencia en soluciones tecnológicas; y en el nivel macrosistémico se centran en la distancia respecto los relatos oficiales y la complejidad técnica.

No es difícil establecer una correspondencia entre los sesgos señalados y los descritos con anterioridad. Las cuestiones de tiempo y distancia respecto a los relatos se relacionan con el descuento temporal; la confusión de conceptos y la distancia respecto a los relatos

¹¹ C. Huertas y J. A. Corraliza, «Resistencias psicológicas en la percepción del cambio climático», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, núm. 136, pp. 107-119.

científicos se corresponden con la tendencia a establecer actitudes –utilizando el término de Aronson– o marcos valorativos que nos impiden asumir datos que no encajen en esos conjuntos conceptuales; la incapacidad para percibir las amenazas climáticas se puede atribuir a los déficits en el manejo de datos estadísticos. Y no es difícil ver cómo en el conjunto de elementos de rechazo a la información sobre el cambio climático reside una tendencia conservadora, especialmente si tenemos en cuenta que el conjunto de la población muestra, en los distintos estudios con los que trabajan Huertas y Corraliza, un alto grado de aceptación de las predicciones de incremento de temperatura, es decir, que son conscientes de la amenaza. En esta misma línea podemos citar la aportación de Jorge Riechmann quien señala una encuesta en la que el 92% muestra la convicción de que habrá escasez de combustibles fósiles en el futuro pero solo el 23,8% considera que eso repercutirá en la energía disponible. El resto cree que habrá soluciones tecnológicas, lo que, como señala Riechmann, carece de cualquier base científica.¹² ¿Por qué las poblaciones humanas desarrollamos este tipo de creencias carentes de fundamento, asimilables a lo que popularmente se conoce como “pensamiento mágico”? Creemos que la respuesta a esto está, al menos en parte, en los sesgos de nuestra racionalidad. Si no somos capaces de cuestionar nuestras actitudes axiológicas, el conjunto de nuestras creencias, si nos aferramos a los esquemas que conforman nuestra visión del mundo, y si manejamos deficientemente datos y estimaciones, difícilmente podemos asumir los desafíos cognitivos, sociales y praxiológicos que implica la crisis civilizatoria. El tiempo, las magnitudes, el hecho de que afecte especialmente a sujetos lejanos en el espacio –este sesgo solo afecta a sociedades occidentales aunque es importante tenerlo en cuenta porque esas sociedades son las que deberían asumir la principal carga de transformación– o en el tiempo, el altísimo impacto en la práctica vital ordinaria o la colisión con los valores dominantes, todos ellos, son elementos que encajan en nuestras carencias cognitivas.

La lectura de lo que el género *Homo* es, de sus cualidades como especie que se define por su racionalidad, es bastante violenta. Se podría decir que nuestra imagen de nosotros mismos como seres racionales se aproxima a la de un adulto reflexivo y con capacidades estratégicas para decidir qué rumbo tomar en cada situación; sin embargo, la imagen real parece asemejarse más a la de un niño con dificultades de aprendizaje y un instinto cortoplacista. ¿Es así de contundente, y así de sencillo el diagnóstico? Hay indicios científicos que hacen pensar que no se puede liquidar tan sencillamente la cuestión. Bruce Waller¹³ introduce la distinción entre moralidad y responsabilidad moral; la primera sería la conducta dirigida a actuaciones altruistas que surgen en el entorno de la cooperación en animales sociales, al margen de la reflexión moral, mientras que la segunda sería la capacidad de razonar sobre las acciones y las normas. A partir de aquí el razonamiento del filósofo estadounidense se dirige a desligar la diferencia

¹² J. Riechmann, *¿Derrotó el smartphone al movimiento ecologista?*, Catarata, Madrid, 2016, p. 233.

¹³ B. Waller, «What rationality adds to animal morality», *Biology and Philosophy*, 12, pp. 347-356, 1997.

entre ambos conceptos, demostrando que, si bien la capacidad reflexiva es imprescindible para el razonamiento moral y la construcción de sistemas complejos, no es en absoluto necesaria para el surgimiento del comportamiento moral. La reflexión moral surge solo en segundo término, como un acto de reflexión sobre el comportamiento y las normas. Esto vendría a funcionar en paralelo con la idea de Kahneman, para quien hay dos formas de pensar, la de la racionalidad cotidiana e intuitiva y la de la reflexión. Los sesgos estarían deformando sobre todo la primera. La racionalidad tendría, al menos dos niveles, y es en el segundo nivel, que podríamos llamar racionalidad de segunda instancia, en el que podemos superar las limitaciones de nuestra reflexión de primera instancia, más cerrada sobre la supervivencia. Esto no implica que esta racionalidad reflexiva compense o corrija todos nuestros déficits cognitivos; de hecho, algunos de estos sesgos se producen como un efecto de la reflexión, como es el caso de la racionalización de la conducta que se realiza a posteriori¹⁴ o el autoengaño, que Trivers ha descrito con detalle en *La insensatez de los necios*.¹⁵ Las dos instancias de la racionalidad, por otra parte, no funcionan de forma aislada. Etxeverría ha descrito como los valores forman sistemas y subsistemas complejos tomando como origen la materialidad y las necesidades de los seres –no solo humanos. Sobre esos sistemas de valores es posible reflexionar y construir distintas pautas de comportamiento, en una dinámica que sí podría –al menos tendencialmente– controlar el desencadenamiento de los sesgos cognitivos. Pero un sistema de estas características exige para su desarrollo un funcionamiento social mucho más intenso y una serie de estructuras comunitarias de discusión.

El conjunto de nuestras creencias, si nos aferramos a los esquemas que conforman nuestra visión del mundo, y si manejamos deficientemente datos y estimaciones, difícilmente podemos asumir los desafíos cognitivos, sociales y praxiológicos que implica la crisis civilizatoria

A la luz de todo esto, creemos que hay que revisar la idea de que las sociedades humanas tuvieron la oportunidad de modificar su comportamiento ecosistémico para salir del camino hacia el colapso. Se daban, es cierto, las condiciones técnicas, y el conocimiento científico disponible desde la publicación de *Los límites del crecimiento* era suficiente. Pero las sociedades humanas no estaban en condiciones de asumir el nuevo estado de cosas. Una sociedad idealmente sana, esto es, que tuviera los mecanismos colectivos necesarios para corregir sus déficits cognitivos y establecer un imaginario común, tal vez sí hubiera sido capaz de imponer la autocontención de su metabolismo social.

¹⁴ E. Aronson, *op.cit.*, 2000.

¹⁵ R. Trivers, *La insensatez de los necios. La lógica del engaño y el autoengaño en la vida humana*, Ed. Katz, Buenos Aires/Madrid, 2013.

Creemos que es evidente que esto no se daba en las sociedades neoliberales de los países industrializados en la década de 1970, ni en las posteriores, en las que los vínculos sociales están muy debilitados, con el consiguiente deterioro de la capacidad social para discutir colectivamente, establecer referencias ideológicas compartidas y fijar colectivamente el rumbo de la sociedad. En lo político, el sistema de representación limita extremadamente la participación y la emancipación social; en lo ideológico, la adquisición de conocimiento y saberes expertos estaban encomendados a una serie de instituciones especializadas. El cuerpo mayoritario de la sociedad tenía delegado así, y muy limitado, su razonamiento y toma de decisiones en cuerpos sociales ajenos a la mayor parte de la población. Estos cuerpos especializados en la producción del conocimiento tenían, en suma, la misión de iniciar los debates y la crítica de su propio sistema cultural, económico y social, que tenía consecuencias ecosistémicas catastróficas. Sin embargo, no lo hicieron; esta inacción dice mucho de la viabilidad –cabría decir inviabilidad– del sistema capitalista como patrón civilizatorio, y abre cuestiones –que sin duda van mucho más allá de este artículo– sobre los motivos por los que las sociedades occidentales, especialmente las europeas, alcanzaron semejante grado de delegación de la vida colectiva en elementos sociales y políticos limitados y con un carácter tecnocrático.

Conclusiones

En lo que Emilio Santiago llama historia contrafactual, podríamos preguntarnos qué hubiera sido necesario para que las sociedades humanas pusieran en marcha esa racionalidad reflexiva capaz de asumir los límites del desarrollo y adoptar las transformaciones necesarias en su metabolismo. Parece evidente que hubiera tenido que producirse un cambio profundo en la estructura de los valores que guían la actividad humana, lo que nos lleva al terreno de lo axiológico, que la psicología social y la sociología ponen sobre la mesa. Los prejuicios, las normas sociales y otros condicionantes del comportamiento están estrechamente vinculados con la percepción de lo valioso, que, si bien en algunos casos tiene un origen orgánico –como en los valores relacionados con la pervivencia de la vida– son, en buena medida, culturalmente contruidos. Siguiendo a Hartmann,¹⁶ los valores serían el “contenido” de la ética –siendo las estructuras normativas el correlato formal de estos contenidos; la esencia de los valores.

No fuerza, no domina a lo existente. Los valores existen independientemente del grado de su estar cumplidos en lo real. Frente a lo real, solo significan un requerimiento, un deber ser; no un tener que ser inevitablemente, no una coerción efectiva. Lo que ellos son en la idea existe tal cual más allá del ser o no ser real.¹⁷

¹⁶ N. Hartmann, *Ética*, Ediciones del Encuentro, Madrid, 2011.

¹⁷ *Ibidem*, p. 98

Desde la definición de Hartman se pueden comprender más fácilmente algunos sesgos, por ejemplo, el de la pretensión de racionalidad: dado que lo racional, al menos en nuestra sociedad, es un valor en sí mismo, los seres humanos forzamos su cumplimiento incluso en aquellos casos en los que la correspondencia del valor con lo real es simplemente inexistente. Pero, además, aplicamos los valores no solo en los contextos más sencillos, como puede ser el juicio de una acción específica, sino también en contextos complejos. La formación y construcción de los valores condiciona nuestra forma de ver el mundo, de tal modo que ciertos aspectos de la realidad son juzgados de acuerdo a valores y su realidad es percibida de una determinada forma de acuerdo a dicho juicio, pero también se puede postular el fenómeno inverso: lo social y cultural establece categorías y conceptos sobre los que se generan nuestros valores. Desde un marco de valores adecuadamente construido tal vez podríamos haber asumido las enseñanzas de *Los límites del crecimiento* y de las aportaciones que investigadores y movimientos sociales hicieron durante las décadas siguientes. Pero, si aceptamos que nuestra racionalidad tiene sesgos, y que esos sesgos solo son moderadamente controlables bajo ciertas condiciones –espacios de vida comunitaria, organización horizontal de la producción de conocimiento, herramientas de decisión colectiva– entonces tenemos que asumir que las sociedades humanas tal y como estaban constituidas en la década de 1970 no tenían las condiciones sociales adecuadas para establecer un control de su propio metabolismo. De poco sirve, por lo tanto, que tuvieran información científica adecuada para tomar conciencia de la necesidad de una transición y un desarrollo material suficiente para llevarla a cabo. El desarrollo del esquema de poder que gobernaba las sociedades occidentales –las responsables principales de las crisis ecosistémicas– no permitían un aprendizaje y comprensión profundas; los esquemas de valores eran inversos a los que se hubieran necesitado.

Obviamente, las sociedades no son unidades compactas en las que el comportamiento de cada individuo y sector social sea homogéneo; por contrario, existen tendencias mayoritarias y también otras aproximaciones y formas de ver el mundo, y entre ellas ha estado, desde hace más de cuatro décadas, el movimiento ecologista. Parfraseando el título del libro ya citado de Jorge Riechmann, sería más ajustado decir que el movimiento ecologista adelantó una batalla que no se podía ganar en aquel momento, un cambio de rumbo que para el conjunto de la sociedad no era solo un error, sino básicamente algo fuera de lugar, incomprensible. Desde esa perspectiva, el movimiento ecologista ha logrado grandes avances. A día de hoy, las cuestiones ecológicas están en la agenda diaria –si bien el grado de relevancia que se les concede dista mucho de ser el adecuado– y la mayor parte de la población es consciente de que existen problemas de amplio calado en la relación de las sociedades humanas con la naturaleza, aunque sigan percibiendo esos problemas bajo el espejo deformante de nuestros sesgos cognitivos.

Por último, cerramos esta aportación señalando una cuestión a futuro. La mayor parte de nuestros sesgos han funcionado en un escenario en el que, como señala Emilio Santiago, «las consecuencias del colapso aún no son visibles». Pero el escenario que tenemos que esperar a corto plazo, según la mejor información científica disponible, es completamente distinto. El colapso, o los sucesivos colapsos –energético, climático, alimentario, laboral, etc.– van a mostrarse de forma directa en los próximos lustros, lo que obligará a las sociedades a asumir las transformaciones que no han sido capaces de poner en marcha hasta ahora, y en condiciones mucho más complejas de lo que hubieran sido en 1970. Entonces, se hará patente la necesidad de un esquema de poder capaz de asumir los desafíos, una academia que al fin empiece a cumplir su función y genere el conocimiento socialmente útil que debería haber sido capaz de producir y una sociedad civil que, sobre los hombros de cuarenta años de trabajo del movimiento ecologista, lidere el conjunto de la transición.